
EL SALADO 1340. EL FIN DEL PROBLEMA DEL ESTRECHO¹.

Roberto Muñoz Bolaños. Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED

E-mail: robmubo@hotmail.com

Resumen: A partir del siglo XI, se producen tres hechos de enorme trascendencia en el Mediterráneo Occidental. El primero, la supremacía cristiana en La Península Ibérica, que convirtió la Reconquista se había convertido en un proceso irreversible. El segundo, la progresiva hegemonía de las marinas cristianas de Génova, Pisa, Marsella y Barcelona, en los tráficos mercantiles del Mediterráneo Occidental. El tercero, la intervención de los imperios islámicos del Norte de África en la Península Ibérica con objeto de ayudar a sus hermanos de religión. Este último hecho, conocido como el “Problema del Estrecho”, tuvo tres protagonistas: los almorávides en el siglo XI, los almohades en la centuria siguiente, y finalmente, en el siglo XIII, hicieron acto de presencia los benimerines en apoyo del último reino musulmán peninsular, el nazarí de Granada. La combinación de estos tres hechos daría lugar a la llamada “Batalla del Estrecho”, que alcanzaría su punto culminante en la primera mitad del siglo XIV, cuando el sultán benimerín, Abu-l-Hassán, que aspiraba a proclamarse califa, y en cuyo programa político la Península Ibérica jugaba un papel fundamental, preparó una gran expedición cuyo objetivo era la conquista completa de este territorio. Para hacer frente a esta invasión, se produjo una alianza de los estados cristianos, especialmente Castilla y Portugal, que con el apoyo de las flotas de Aragón y Génova, vencieron a los musulmanes en la batalla del Salado, la más importante de la Reconquista. Esta victoria tuvo dos importantes consecuencias: el fin definitivo del “Problema de Estrecho”, estableciendo para siempre la hegemonía cristiana en la Península Ibérica; el dominio del Mediterráneo Occidental por las flotas cristianas, que permitiría

¹ Recibido: 12/06/2012 Aceptado: 27/11/2012 Publicado: 15/01/2013

la exploración del Atlántico medio y las operaciones de saqueo y conquista de las plazas islámicas del Magreb.

Palabras clave: Batalla del Estrecho, Batalla del Salado, Benimerines, Reino de Castilla, Corona de Aragón, Reino de Portugal, Estrecho de Gibraltar, Reino de Granada, Reconquista, Siglo XIV.

Abstract: From the 11th century, produced three events of enormous significance in the Western Mediterranean. The first, Christian supremacy in the Iberian Peninsula, which became the reconquest had become an irreversible process. The second, the gradual hegemony of the Christian navies of Genoa, Pisa, Marseille and Barcelona, in the commercial traffic of the Western Mediterranean. Third, the intervention of the Islamic empires of North Africa in the Iberian Peninsula with the aim of helping their brothers in religion. This last fact, known as the "Problem of the Strait arose", had three protagonists: the Almoravids in the 11th century, the Almohads in the century following, and finally, in the 13th century, were present the marinids in support of the last Muslim peninsular, the Nasrid Kingdom of Granada. The combination of these three developments would lead to the so-called "battle of the Strait", which reached its climax in the first half of the 14th century, when the sultan marinid, Abu-l-Hassan, who aspired to proclaim himself Caliph, and whose political agenda the Iberian Peninsula played a fundamental role, prepared a great expedition whose goal was the complete conquest of this territory. To meet this invasion, there was an Alliance of the Christian States, especially Castile and Portugal, that with the support of the fleet of Aragon and Genoa, defeated the Muslims at the battle of Salado, the most important of the reconquest. This victory had two important consequences: the definitive end of the "Problem of the Strait arose", forever establishing Christian hegemony in the Iberian Peninsula; the domain of the Western Mediterranean by Christian fleets, which would allow the exploration of the mid Atlantic and looting and conquest of the Islamic Maghreb parking operations.

Keywords: *Battle of Strait, Battle of Salado, Benimerines, Kingdom of Castile, Crown of Aragon, Genoa, Kingdom of Granada, Kingdom of Portugal, Spanish Reconquest, Strait of Gibraltar, 14th Century.*

1. INTRODUCCIÓN.

1.1. La batalla del estrecho: reconquista y relaciones internacionales en el mediterráneo occidental en la segunda mitad del siglo XIII y comienzos del siglo XIV.

Para comprender el origen y significado de la batalla del Salado (1340), debemos situarla dentro de un contexto, el de la *Batalla del Estrecho*, marcado por dos vectores, según Ladero Quesada²:

El primero era la apertura de la navegación Este-Oeste a través del Estrecho de Gibraltar, por las marinas cristianas occidentales; proceso que había comenzado en el siglo XII, y en el que participaban activamente Génova, Pisa y la Corona de Aragón (mallorquines y catalanes). El objetivo que perseguían era controlar los tráficos comerciales procedentes del continente africano: oro, esclavos y marfil.

El segundo, el llamado *Problema del Estrecho* para los cristianos, especialmente, Castilla, y que implicaba el control del Estrecho de Gibraltar para evitar nuevas invasiones del islam norteafricano de la Península Ibérica -con objeto de ayudar a sus hermanos de religión peninsulares- poniendo fin a un proceso que había comenzado con la llegada de los almorávides en el siglo XI, había continuado en el siglo XII con los almohades, y se volvería a repetir en la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV con los benímerines.

En este doble contexto, los protagonistas de la *Batalla del Estrecho* tenían intereses muy dispares, tanto en el mundo musulmán como cristiano³. Así, el reino nazarí de Granada, la última estructura política musulmana en la Península Ibérica sólo

²VV. AA. (2005), *Guerra y diplomacia en la Europa Occidental. 1280-1480*, Pamplona, Ediciones de la Institución Príncipe de Viana, pp. 255-267.

³*Ibidem*, pp. 288-291.

aspiraba a considerar su poder y su territorio, para hacer frente a las arremetidas castellanas. Por su parte, los benimerines, aspiraban a controlar el Estrecho de Gibraltar y los tráficos mercantiles en la zona, con objeto de consolidar su hegemonía en la zona, y en todo el islam occidental. En este sentido, la llegada al trono de Abu-l-Hassán (1297-1351), el llamado *Sultán Negro*, el 30 de agosto de 1331, a la muerte de su padre, Abu Said Utman ben Yaqub⁴, fue clave; ya que el nuevo monarca inició una política expansionista en el norte de África, cuya pretensión última era proclamarse califa⁵. En ese proyecto, la Península Ibérica también ocupaba un lugar destacado, ya que Abu-l-Hassán también aspiró a su conquista, devolviendo al islam todo su territorio.

En el mundo cristiano tampoco existía una comunidad de intereses. Castilla, el más importante de los reinos cristianos peninsulares tenían una visión básicamente político-militar del conflicto, persiguiendo dos objetivos. El primero, crear una frontera estable y ventajosa con el reino granadino, lo que le permitiría lanzar *razzias* contra ese territorio. Y, el segundo, completar la organización de Andalucía y Murcia, territorios conquistados en el siglo XIII, tras la gran victoria de Las Navas de Tolosa (1212). Génova, la más importante de las repúblicas comerciales italianas, mantenía una posición ambivalente en la zona, manteniendo alianzas con Granada o con Castilla, en función de sus intereses mercantiles; aunque en los momentos cruciales siempre se mantuvo al lado de Castilla. Algo similar se podía decir de la Corona de Aragón, aunque como señala Ladero Quesada, jamás se puso al lado de los musulmanes contra Castilla, ya que su territorio era vulnerable a los ataques del islam. Por último, Portugal no tenía intereses entonces en la zona, y su intervención en la *Batalla del Estrecho* estuvo motivada por la solidaridad cristiana y las relaciones familiares con Castilla.

2. EL COMIENZO DE LA CAMPAÑA.

La iniciativa de la campaña militar que culminaría con la batalla del Salado correspondió a los benimerines. En el año 1333, Abu-l-Hassán envió a su hijo Abu-al-Málik, con una potente fuerza que le permitió la conquista de Gibraltar. Cinco años después, volvió a enviarle con la intención de preparar el terreno para la gran invasión

⁴IBN AL-JATIB, L., (1998), *Historia de los reyes de la Alhambra: el resplandor de la luna llena: (Al-Lamha al-badriyya)*, Granada, Ediciones Universidad de Granada, Granada, p. 103.

⁵THODEN, R., (1973), *Abul- Hasan Al.: Merinidenpolitik zwischen Nordafrika und Spanien in den Jahren 710-752 H./1310-1351*, Freiburg im Breisgau, Schwarz, pp. 150-161.

que estaba en ciernes. Un gran ejército benimerín atravesó el Estrecho a finales de 1338 y comienzos de 1339. Sin embargo, las fuerzas norteafricanas sufrieron una grave derrota, cerca del río Barbate (Cádiz)⁶, o de un afluente por la izquierda del mismo, el Alberite –un pequeño riachuelo de 20 Km. de longitud-, el 20 de octubre de 1339⁷, donde murió el propio hijo de sultán benimerín⁸.

Esta derrota aceleró los planes de conquista de Abu-l-Hassán. Planes que se vieron favorecidos por la importante victoria de su armada sobre la flota castellana que, al mando del almirante Jofre Tenorio, vigilaba el Estrecho, el 8 de abril de 1340⁹. Tras esta victoria, y con el Estrecho completamente libre de naves enemigas, Abu-l-Hassán trasladó un poderoso ejército a Algeciras en junio y julio de 1340; poniendo sitio a la fortaleza castellana de Tarifa. Pero su objetivo no era esta ciudad, sino la conquista de la Península Ibérica, y para lograrlo, iba a contar con la ayuda de su aliado granadino, Yusuf I (1318-1354).

Por parte cristiana, el monarca castellano Alfonso XI (1325-1350), que durante buena parte de su reinado no sólo se tuvo que enfrentar a los benimerines, sino también a las rebeliones de sus propios nobles, entre los que destacaba el infante don Juan Manuel (1282-1348), decidió defender a ultranza Tarifa y enfrentarse con el ejército musulmán, incluso contra el parecer de algunos de sus consejeros, partidarios de abandonar la plaza. El criterio del rey se impuso¹⁰; decidiendo además recabar la ayuda, tanto terrestre como naval de su suegro, Alfonso IV de Portugal (1325-1357)¹¹, que se uniría a la que ya tenían los castellanos de la flota de Pedro IV de Aragón (1336-1387)¹² y de una escuadra genovesa¹³. Además, logró el apoyo del Papa Benedicto XII (1334-

⁶*Crónicas dos Sete Primeiros Reis de Portugal* (CDSR), Lisboa, Joao Pinto, 1952, tomo II, p. 305.

⁷“Crónica de Pedro I”. En *Crónica de los Reyes de Castilla* (CPI), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1953, Tomo I, p. 402.

⁸“Crónicas de Alfonso XI”. En *Crónica de los Reyes de Castilla* (CAXI), Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1953, Tomo I, pp. 301-302.

⁹*Gran Crónica de Alfonso XI* (GCXI) (1977), Madrid: Gredos, Tomo II, p. 320. IBN JALDUN, A. (1925). *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes de L’Afrique Septentrionale*, Paris, Plon, Tomo IV, p. 231.

¹⁰CDSR, Tomo II, p. 323. GCAXI, Tomo II, p. 349. CAXI, p. 319.

¹¹GCAXI, Tomo II, p. 350.

¹²CAXI, p. 318.

¹³ZURITA, J. (1977). *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Ediciones del Institución Fernando el Católico, Tomo III, p. 472. GCAXI, VOL. II, p. 325.

¹⁴GCAXI, vol. II, p. 324.

1342), que dio categoría de cruzada a su campaña, otorgándole las indulgencias correspondientes a una expedición a Tierra Santa, y enviándole el Pendón de Cruzada¹⁴.

Alfonso XI y Alfonso IV concentraron en Sevilla, el 14 de octubre de 1340, sus respectivos ejércitos y enviaron a Joan Xuarez de Xerez, emisario del rey de Castilla, y Aluar Rodríguez, del de Portugal¹⁵, para retar a los monarcas musulmanes, comunicándoles su propósito de partir hacia Tarifa para poner fin al cerco que sufría y advertirles de lo deshonroso que sería el que no les aguardasen para batirse con ellos, optando por replegarse sobre Algeciras¹⁶. Este desafío sería el origen de la mayor batalla campal de la Reconquista: la del Salado.

3. LAS FUERZAS ENFRENTADAS.

3.1. El ejército cristiano.

3.1.1. Táctica.

La táctica que utilizaron los ejércitos cristianos en la batalla del Salado fue la carga de la caballería pesada. Para realizarla era preciso, según Flori, formar grupos compactos de caballeros armados pesadamente -con cota de mallas, escudo y lanza larga-, en filas o en *conrois* de 20 a 30 caballeros unidos en torno a su bandera. La agrupación de varios *conrois* formaba una “batalla”, y la de tres o cuatro batallas, una “hueste”. Los *conrois* cargaban en orden cerrado, enristrando simultáneamente la lanza a la vez que espoleaban al caballo para acelerar constantemente hasta el choque frontal contra las líneas de infantería o caballería enemigas, cuidando siempre de mantener la cohesión, ya que ésta era la base de su éxito. No obstante, como la primera carga no

¹⁴La bula se denominó *Exultamus in te*, y fue concedida el 7 de marzo de 1340. En la misma fecha nombró colectores y predicadores de la cruzada a los obispos de Cuenca y Ávila. Y el mismo día el Papa mandó absolver a Alfonso XI de la excomunión que había sido dictada contra él el año anterior por haberse apropiado indebidamente de las tercias. Vease CAXI, p. 318. PÉREZ BUSTAMANTE, R., “Benedicto XII y la cruzada del Salado”. En VV. AA., *Homenaje a fray Justo Pérez de Urbel*. Burgos, Ediciones de la abadía de Silos, 1977, Tomo II, pp.177-203. GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1958), *Historia de la bula de la cruzada en España*, Vitoria, Editorial del Seminario, pp. 282-289. RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA, E., “Diplomacia, propaganda y guerra santa en el siglo XIV: la embajada castellana a Aviñón y la elaboración del discurso ideológico”. En *Anuario de estudios medievales*, 40 (2010), pp. 765-789.

¹⁵GCAXI, vol. II, p. 379.

¹⁶CAXI, p. 322.

solía resultar decisiva, los caballeros tenían que dar media vuelta, y rehacer sus filas. Para hacerlo, aprovechaban una nueva carga llevada a cabo por los contingentes que permanecían en reserva. En caso de fracasar, se corría el riesgo de quedar aislados y desmontados por los infantes, u obligados a huir, abandonando así a las tropas a su suerte. Otra opción, si fracasaba la primera carga, era simular una huida, provocando la desorganización del adversario, pues este se lanzaría en su persecución desordenadamente. Entonces, un contingente de caballeros y de infantes se apostaría en emboscada en un punto elegido de antemano por los falsos fugitivos, cayendo sobre los perseguidores¹⁷.

En esta táctica, el papel de los infantes era fundamental. Pues, si no eran decididos y disciplinados, la caballería enemiga los dispersaba, con lo que ofrecían una presa fácil, incapaz de huir. Sólo la intervención de su propia caballería podía salvarlos, ya fuera poniendo al enemigo en retirada, ya reagrupando y protegiendo a sus infantes en un repliegue ordenado de los que sólo se conocen muy pocos ejemplos. Además, el armamento ligero de los infantes les hacía muy vulnerables a los ataques de los caballeros, y las bajas entre ellos eran muy numerosas. En cambio, el armamento defensivo de los caballeros les hacía poco vulnerables a sus ataques, salvo cuando disponían de arcos y ballestas, muy comunes a partir de siglo XIV. No obstante, no hay duda de que la infantería tuvo gran importancia como apoyo a la caballería, tanto desde el punto de vista defensivo como ofensivo, pues era quien remataba la obra de los caballeros, avanzando hacia las tropas enemigas y alcanzando la victoria, o al proporcionar la cobertura precisa para el repliegue de la caballería cuando era necesario¹⁸. Además, su número siempre fue superior al de los caballeros, aunque, como veremos, en el reinado de Alfonso XI, se potenció, de una forma desconocida hasta entonces, la caballería.

3.1.2. Dirección y mando.

En todos los reinos cristianos peninsulares, los reyes constituían la pieza clave de la ordenación de los ejércitos, por cuanto que a ellos se reservaba la dirección de la

¹⁷FLORI, J. (2001), *Caballeros y caballería en la edad media*, Barcelona, Paidós Ibérica, Barcelona, pp. 121-122

¹⁸*Ibidem*, pp. 117-118.

guerra en todos sus aspectos¹⁹. No obstante, de los tres ejércitos que participaron en las campañas contra los musulmanes en la primera mitad del siglo XIV –castellano, portugués y navarro-, fue en el primero de estos reinos –Castilla- donde el control real fue, si cabe, más efectivo, pues los monarcas castellanos extrajeron buena parte de su poder político de su autoridad sobre la fuerza militar²⁰. Esto explica por qué un rey tan preocupado por acrecentar su poder como Alfonso XI, diera tanta importancia a su función militar, y procediera a reorganizar el ejército castellano, como veremos más adelante.

Aunque el monarca era el jefe indiscutible del ejército en los reinos cristianos, por debajo de él, a consecuencia del carácter no permanente y del alto grado de privatización de los ejércitos característico de la sociedad feudal, no existían cadenas de mando bien definidas. Eso explica que los dirigentes políticos o sociales -monarcas, nobles, alcaldes y jueces urbanos- fueran los que encabezaran las mesnadas sin contar con oficiales profesionales²¹. No obstante, en cada uno de los reinos cristianos existían importantes figuras militares que actuaban, incluso, como *alter ego* del monarca. En Castilla, esa posición correspondía al alférez real, que constituía el cargo militar más importante de la corte, abanderado de las huestes y conductor de los ejércitos cuando el monarca no acudía a la guerra. Estas funciones aparecen recogidas en la ley 11, título 18 de la 7ª Partida²².

En Portugal, el cargo militar más importante era el alférez mayor del Reino, en manos de un noble de confianza del monarca. Su función era, además de dirigir la hueste en ausencia del monarca, llevar el estandarte real, función de enorme importancia en la batalla, y ejercer justicia en el seno de la hueste. Además, existía una segunda figura importante en el ejército portugués, el “coudal”, jefe de cada una de las coudelarias, es decir, de las distintas unidades administrativas militares en las que se dividía el Reino, y que eran la base para el reclutamiento de las tropas de los concejos²³.

¹⁹GARCÍA FITZ, F. “Ejército y guerra en la Edad Media hispánica”. En VV.AA., *Aproximación a la historia militar de España*, Madrid, Ediciones del Ministerio de Defensa, 2006, Tomo. II, p. 106.

²⁰LADERO QUESADA, M. A., “La organización militar de la corona de Castilla en la Baja Edad Media”. En VV. AA.: *Castillos medievales del Reino de León*, Madrid, Ediciones Hullera Vasco-Leonesa, 1989, p. 198.

²¹GARCÍA FITZ, F., *op. cit.*, p. 106.

²²ALFONSO X (2004), *Las Siete Partidas*, Madrid, Ediciones Reus, p. 812.

²³VV. AA.: *op. cit.*, p. 301.

3.1.3. Composición.

A nivel general, existían dos estructuras en los ejércitos cristianos en función de la naturaleza de las operaciones a realizar, ofensivas y defensivas. Para el primer caso, campañas ofensivas exteriores, la famosa “hueste” de las Partidas de Alfonso X. Un ejército expedicionario tipo estaría conformado por la conjunción de fuerzas asoldadas de caballería y diferentes contingentes de infantería especializada (ballesteros, lanceros, arqueros), todos directamente contratados por la administración central o a través de la mediación de las comunidades locales y de los centros urbanos. Por el contrario, para las operaciones de defensa del territorio el complemento necesario a las tropas asoldadas se encontraba en el recurso a las diferentes tradiciones locales de movilización general defensiva de servicio obligatorio –el famoso “apellido” castellano– que daban pie a cuerpos de milicias urbanas o huestes feudales, costeados directamente por los propios municipios y señores feudales, aunque generalmente se canjeaba el servicio obligatorio a través de remisiones pecuniarias²⁴.

La batalla del Salado perteneció al segundo de estos tipos, y el ejército cristiano participante en ella tuvo dos componentes distintos: el castellano y el portugués.

El castellano estaba integrado por cinco cuerpos claramente diferenciados. El primero estaba formado por los llamados “Vasallos del Rey”, es decir, los caballeros que habían jurado fidelidad directa al monarca y que, a cambio de los feudos recibidos –normalmente una renta en moneda, procedente del patrimonio real– debían realizar las correspondientes prestaciones de índole militar. Este grupo fue especialmente promocionado por Alfonso XI a partir de su coronación en León en 1332, y muchos de sus miembros fueron integrados en la Orden de la Banda²⁵. Desde 1338, recibiría un sueldo anual de 1.000 maravedíes; a cambio de hacerse acompañar por un balletero y un lancero, –constituyendo así una unidad de combate denominada “lanza castellana” (distinta de la francesa, integrada por seis hombres, y de la borgoñona, formada por nueve)–, cuando se producía el llamamiento del rey, debiendo combatir sin soldada

²⁴SÁIZ SERRANO, J. (2003), *Guerra y nobleza en la corona de Aragón. La caballería en los ejércitos del Rey (Siglos XIV-XV)*, Valencia, Ediciones de la Universidad Jaume I, p. 35.

²⁵GARCÍA DÍAZ, Isabel: “La política caballeresca de Alfonso XI”. En *Miscelánea Medieval Murciana*, XI (1984), pp. 117-134.

durante noventa días, salvo si fuese andaluz –de la Frontera- en cuyo caso sería ilimitada, o muy amplia²⁶.

El segundo grupo se correspondía con las mesnadas de los grandes nobles. Estos cuerpos se formaban con la renta de sus señoríos, o debido al poder militar de convocatoria que tenían en ellos, y a las mercedes y cantidades que en muchos casos seguían recibiendo del rey, aunque esto último era secundario. Estas tropas nobiliarias, basadas en la caballería pesada, alcanzaban proporciones importantes. De hecho, fueron frecuentes mesnadas de 150 a 400 hombres de armas entre los nobles castellanos, alcanzando su punto culminante en el caso de algunos grandes señores, como el arzobispo de Toledo capaz de movilizar la fantástica cifra de 1.000 caballeros y 1.000 peones.

El tercer grupo estaba integrado por los contingentes de las Órdenes Militares. Estas instituciones, tan características de la Edad Media, habían conseguido grandes señoríos como consecuencia de la Reconquista, especialmente en las tierras situadas entre el Tajo y la línea Guadiana-Jucar. Pero, a cambio de esas prebendas, debieron un servicio militar a la Corona, cumpliendo así la función para la que habían sido creadas y proporcionando contingentes superiores incluso al de los grandes nobles. Así, la Orden de Santiago, fundada en 1170 y la más importante de las existentes en España, era capaz de proporcionar 1.200 jinetes y 2.500 peones, mientras que las de Calatrava (1157) y de Alcántara (1175) proporcionaban un contingente similar entre las dos²⁷.

El cuarto grupo era el integrado por las Milicias Concejiles, ya que las leyes castellanas obligaban al servicio militar a todos los varones de dieciseis a sesenta años de edad. No obstante, lo habitual era que los llamamientos regios no afectaran a todo el vecindario, sino que se establecieron cuotas²⁸. Dentro de este grupo había dos componentes claramente diferenciados. El primero estaba formado por la caballería villana, formada por individuos jurídicamente libres, pero no nobles, que, por poseer ciertos niveles de riqueza, accedían a la caballería, y se veían obligados a prestar servicios militares a su costa. A cambio de sus servicios recibieron ciertos privilegios

²⁶LADERO QUESADA, M. A., *op. cit.*, p. 208.

²⁷*Ibidem*, pp. 216-217

²⁸POWERS, J. F. (1988), *A society organized for war: The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284*, Los Angeles, University of California Press, Los Angeles.

del rey, como la exención de algunos impuestos. Combatían con armas ligeras y montaban a la jineta²⁹. La otra manifestación de las milicias concejiles eran los peones, en la que servían la mayoría de los integrantes de las milicias concejiles. La mayoría de ellos eran simples lanceros, pero había también contingentes importantes de ballesteros, que tenían mejor entrenamiento, hasta el punto de que, en algunas ciudades como Baeza o Calahorra, formaban cofradías, aunque el desarrollo de la ballestería castellana no alcanzó el de la portuguesa³⁰.

Por último, el quinto componente del Ejército castellano era el procedente de los territorios “no concejiles”, cuya aportación se efectuaba a través de diversas hermandades o juntas territoriales: Galicia, Asturias, Vizcaya, Álava y Guipúzcoa. Se trataba de un contingente muy numeroso, con fama a la vez de aguerrido y poco disciplinado, e inseguro si no recibía el sueldo puntualmente, tanto del rey, durante la campaña, como el estipulado por las autoridades de su región o localidad de origen³¹.

Por su parte, el ejército portugués estaba compuesto de manera similar al castellano, destacando tres contingentes: el de las Órdenes Militares, el de los Vasallos de Cuantía, y las tropas de los concejos³². El primero, integrado por las órdenes de Avis, Cristo, Hospital y Santiago, era el elemento clave de su defensa, especialmente para la dotación de los castillos, además de comprometerse a garantizar un porcentaje de tropas de caballería –más de 500 lanzas- permanentemente disponibles y con su armamento en condiciones.

Los llamados Vasallos de Cuantía eran el segundo componente de este ejército. Se trataba de nobles que recibían un sueldo por servir militarmente al monarca. El

²⁹En la monta “a la jineta”, el caballero llevaba estribos muy altos, lo que le hacía colocarse en la silla con las piernas dobladas. De esta manera todo el trabajo a la hora de dominar al animal recaía en las rodillas, que se llevaban en permanente presión contra el caballo. Este permanente control sobre la montura, unido al carácter vivaz de los caballos ligeros, permitía hacer giros y maniobras impensables en otro tipo de monta. Los jinetes atacaban al enemigo cuando menos lo esperaba, y se retiraban a continuación. En este tipo de maniobras, los árabes eran verdaderamente maestros.

³⁰GROIZARD Y CORONADO, C., “Las milicias locales en la Edad Media. La compañía de ballesteros de Calahorra”. En *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LV (1909), pp. 353-363

³¹LADERO QUESADA, M. A., *op. cit.*, p. 217.

³²VV. AA.: *op. cit.*, pp. 298-300

contingente que aportaban equivalía a la cantidad que recibían, siendo la equivalencia 100 libras por cada lanza³³.

Por último, las tropas de los concejos eran, sin duda, el elemento más interesante del ejército portugués. Su reclutamiento se estructuraba en dos tipos de combatientes: Los “aquantiados” y los ballesteros. Los aquantiados incluían a todos los moradores del Reino con casa propia, tanto casados como solteros, y sus obligaciones militares eran directamente proporcionales a su riqueza, “quanto mais rico, mais obrigações militares”³⁴. Recibían un sueldo, pero se veían obligados a pagar sus armas³⁵. Los ballesteros constituían un contingente aparte. Su equipamiento obligatorio era una ballesta en buen estado, y 103 virotes. Tenían un jefe local, denominado “anadel”, y un responsable central, denominado “anadel-mor”, encargados de su inspección y de conducirlos al combate³⁶. Gracias a su eficaz sistema de reclutamiento, el monarca sabía perfectamente el número de ballesteros con que podía contar en cada concejo, alcanzando el fantástico número de 5.000, si comparamos con los 1.000 de Castilla, según las Cortes de Guadalajara de 1390, o los 8.000 de Francia³⁷.

3.1.4. Efectivos.

Resulta muy difícil precisar los efectivos del ejército cristiano. Según, la *Crónica de Alfonso XI*, estaba formado por 8.000 caballeros y 12.000 infantes castellanos³⁸; más otros 1.000 caballeros de Portugal porque la infantería de este país no llegó a tiempo³⁹. No obstante, en otra página de la misma fuente, se habla de 13.000 caballeros cristianos⁴⁰. A ellos había que sumar los 100 caballeros y los 100 infantes navarros, animados por el carácter de cruzada que tenía la operación⁴¹.

³³MATTOSO, J. (dir.) (2003), *Nova Historia Militar de Portugal*, Lisboa, Cículo de lectores, Tomo I, p.193

³⁴VV. AA.: *op. cit.*, p. 300

³⁵VV. AA.: *op. cit.*, pp. 301-302.

³⁶GOUVEIA MONTEIRO, J. (1998), *A Guerra em Portugal nos Finais da Idade Média*, Lisboa, Notícias, p. 60.

³⁷VV. AA.: *op. cit.*, p. 303

³⁸CAXI, p. 322

³⁹CAXI, p. 324

⁴⁰CAXI, p. 401

⁴¹MIRANDA CALVO, J. (1986), *Felipe III*, Pamplona, Ediciones de la Diputación Foral, p. 108.

De lo anterior se deduce que a los 20.000 castellanos, número razonable teniendo en cuenta la población de este territorio, y la importancia de la batalla, se unirían unos 4.000 portugueses, ya que como indica Gouveia Monteiro, cada caballero portugués iba acompañado de los peones y ballesteros correspondientes⁴², y los 200 navarros, dando un total de unos 24.000 combatientes; siendo unos 9.000 de caballería - 4.000 de caballería pesada y 5.000 jinetes ligeros-, y el resto infantes. De ellos se enviaron a Tarifa, la noche antes de la batalla, 1.000 caballos y 4.000 peones, lo que supone que en la batalla participaron unos 19.000 combatientes.

3.2. El ejército musulmán.

3.2.1. Táctica.

Frente a la importancia de la caballería pesada entre los cristianos, los musulmanes desarrollaron tácticas de lucha basadas en la movilidad y la velocidad de su ejército, en el que jugaban un papel fundamental la caballería ligera y la infantería. La primera, organizada en tres o cinco cuerpos o escuadrones -una vanguardia, dos alas, un cuerpo central y la retaguardia-, y armadas de forma ligera -jabalinas y arcos fundamentalmente-, realizaba movimientos envolventes, atacaba por los flancos o por la retaguardia, y fingía una retirada para volverse una vez que la carga de caballeros pesados cristianos se había diluido sin encontrar un blanco. Los árabes llamaban a esta táctica *Karr wa-farr*, y en la Península Ibérica se tradujo como *torna fuye*⁴³.

La segunda, la infantería jugaba un papel fundamental⁴⁴, pues se organizaba en densos bloques de lanceros, arqueros y ballesteros cuya función era parar las cargas de la caballería pesada enemiga, dejando pasillos para su caballería ligera. En cada bloque, los lanceros se organizaban en filas, arrodillados y protegidos por sus escudos, con el extremo de sus lanzas clavadas en el suelo. Tras ellos había arqueros y lanzadores de jabalinas, que disparaban por encima de ellos. Las jabalinas servían para apoyar a las flechas con proyectiles más pesados, que podían dañar a los caballeros con armadura.

⁴²MATTOSO, J., *op. cit.*, Tomo I, p.204.

⁴³GARCÍA FITZ, F. "La guerra en la obra de Don Juan Manuel". En LÓPEZ DE COCA, J. E. (ed.), *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, Málaga, Ediciones de la Universidad de Málaga, 1987, pp. 55-72.

⁴⁴ARIÉ, R. (1992), *El Reino Nasrí de Granada*, Madrid, Ediciones Mapfre, p. 185.

Así, la infantería aguantaba a pie firme y rechazaba a la caballería del oponente, que era atacada durante su retirada por la caballería árabe, que salía en su persecución. Cuando era el momento adecuado, los arqueros y lanzadores de jabalina musulmanes avanzaban en formación de escaramuza para proteger a la infantería, armada con lanzas y espadas, de los proyectiles contrarios⁴⁵.

3.2.2. Dirección y mandos.

El ejército musulmán en la batalla del Salado tuvo dos componentes: El nazarí y el benimerín. El conjunto del ejército nazarí se hallaba bajo una autoridad única, la del sultán, teniendo como su segundo, al visir. Pero, de manera habitual, el sultán delegaba la dirección de las funciones militares en un jefe supremo del ejército granadino, que, según las épocas, fue “un arráz de la familia real o un alto dignatario del gobierno”⁴⁶. Además, había en Granada un *diwan al-yund* (oficina del ejército) que se encargaba de hacer las previsiones oportunas, así como de pagar las soldadas correspondientes. Para ello tenía el correspondiente “registro de soldados”, donde estaban establecidos los grados y las asignaciones correspondientes⁴⁷.

En el ejército benimerín, el sultán era el jefe supremo. Por debajo de él, se encontraba el visir –primer ministro- cuyas funciones eran la supervisión de la flota, la administración militar y la intendencia, encargándose del entretenimiento de los soldados y del mantenimiento de los animales de guerra (caballos, camellos, etc.). Subordinados a estas dos magistraturas, se encontraban los príncipes de la familia real y los hijos pequeños del propio sultán, a los que se les encargaba el mando de los distintos destacamentos, y el *Sabih Tandil al-jais* (intendente militar del sultán) que proporcionaba la soldada, parte del armamento, los tambores y los estandartes de las unidades⁴⁸. Los mercenarios cristianos y los arqueros turcos *ghuzz* tenían su propia jerarquía⁴⁹.

⁴⁵BENNETT, M., BRADBURY, J., DE VRIES, K., DICKIE, I., y JESTICE, P. G. (2007), *Técnicas bélicas del mundo medieval*, Madrid, Edimat, Madrid, p. 17.

⁴⁶IBN AL JATIB, L., *op. cit.*, p. 32.

⁴⁷ARIÉ, R., *op. cit.*, p. 173.

⁴⁸IBN JALDUN, A., *op. cit.*, vol. IV, p. 49.

⁴⁹KHANEBOUBI, A. (1987), *Les Premiers Sultants Meridiens*, Paris, Harmattan, p. 131.

3.2.3. Composición.

El ejército granadino se denominaba *yays*⁵⁰, palabra con que los textos granadinos aludían a la suma de elementos que estaban o podían estar armados, sin diferenciar su composición precisa en cada circunstancia. Tales elementos armados eran, por una parte, el *yund* (ejército regular), integrado por soldados andalusíes⁵¹, y, por otra, los “Combatientes de la Fe”.

El primero de estos grupos, los andalusíes, arrancaba desde los primeros momentos del sultanato. Estos contingentes permanentes, de abolengo andaluz, fueron puestos más tarde a las órdenes de un jefe perteneciente a la familia real, o bien de uno de los personajes más prestigiosos del sultanato. El sueldo de estas tropas se pagaba en oro y variaba “según los rangos”⁵². Como parte del componente andalusí había que incluir también a los combatientes de origen cristiano, que llegaron a formar la guardia personal de los sultanes de Granada. Niños de esta religión, capturados con motivo de las incursiones fronterizas eran convertidos al islam y educados en el arte guerrero, integrando este importante cuerpo militar. Y también los *elches* (renegados), en general antiguos esclavos -por lo cual se les llamaba también mamelucos-, que tras convertirse al islam, eran inmediatamente manumitidos, pasando a integrar el ejército andalusí. Entre sus integrantes había importantes núcleos de caballería pesada, cuyo armamento era similar al cristiano, aunque su número había disminuido desde el siglo XIII por la influencia norteafricana, inclinándose por la caballería ligera.

El segundo núcleo de fuerzas *nasríes* estaba compuesto por grupos de beréberes, el cuerpo de los *guzat* (“Combatientes de la Fe”), es decir los grupos de beréberes procedentes de los estados musulmanes de la Berbería central y de Marruecos, que estaban generosamente remunerados⁵³.

Fuera del *yund*, se encontraban, por un lado, los mercenarios cristianos, que luchaban con las tácticas típicas de sus correligionarios –caballería pesada-, y, por otro, toda una serie de voluntarios -místicos, ascetas y viajeros-. Eran las gentes del *ribát* que

⁵⁰IBN AL-JATIB, L., *op. cit.*, p. 32.

⁵¹*Ibidem*, p. 32.

⁵²ARIÉ, R., *op. cit.*, p. 173.

⁵³*Ibidem*, p. 174.

formaban pequeños grupos de jinetes que se lanzaban al asalto de las tierras cristianas donde realizaban audaces golpes de mano y vigorosos saqueo.

En el ejército meriní pueden distinguirse cuatro grupos claramente diferenciados. El primero era el integrado por las tribus beréberes y los árabes. Se trataba del grupo mayoritario, y constituía la élite de las fuerzas armadas. La forma de reclutamiento era la leva, recibiendo cada combatiente una soldada a cambio de la obligatoriedad de combatir⁵⁴. A este grupo pertenecía la caballería meriní, un cuerpo realmente eficaz, compuesto de beréberes, apoyados por auxiliares árabes, y dotados de excelentes caballos. Su forma de combatir era mediante la táctica del *tornafuye*.

El segundo grupo estaba integrado por los *ghuzz* (*Ogouz*), turcos de origen kurdo, mercenarios excelentemente pagados⁵⁵. Su especialidad era el tiro con arco, y combatían siempre en primera línea, en las alas de los arqueros de Ceuta⁵⁶.

El tercer grupo era el de los mercenarios cristianos. En el caso de los benimerines, llegaron a sumar hasta 4.000 hombres en tiempos de Abu l-Hassán⁵⁷. Por último, debemos decir que estos combatientes actuaban según los usos y costumbres militares de su origen, teniendo un importante contingente de caballería pesada⁵⁸.

El cuarto y último grupo de los que integraban el ejército meriní estaba integrado por los voluntarios. Se trataba de hombres del pueblo, hombres de religión, estudiantes (*talib*) y comerciantes, que respondían al llamamiento de la *Yihad*. A pesar de ser muy numerosos, ni su armamento ni su entrenamiento, les permitía sostener el ritmo y la cadencia de los soldados profesionales⁵⁹.

⁵⁴IBN JALDUN, A., *op. cit.*, vol. IV, p. 48.

⁵⁵*Ibidem*, vol. IV, p. 114.

⁵⁶*Ibidem*, vol. III, pp. 414-415.

⁵⁷*Ibidem*, vol. IV, p.40.

⁵⁸DUFOURCQ, Ch.-E., "Rapports entre l'Afrique et l'Espagne au XIII siecle." En *Medievalia*, 1 (1980), pp. 83-118.

⁵⁹KHANEBOUBI, A., *op. cit.*, p. 142.

3.2.4. Efectivos.

Las fuentes cristianas dan unas cifras fantásticas⁶⁰, y por tanto, falsas. Por su parte, el emir de Tremecén, Muza II, contemporáneo de Abu l-Hassán, afirma que éste desembarcó en las afueras de Algeciras las tropas y provisiones que había acumulado y que la muchedumbre de su ejército excedía de 60.000 combatientes, entre héroes, jeques, arqueros e infantes, cifra mucho más razonable⁶¹. A estas fuerzas, habría que añadir el contingente granadino. Sabemos que en 1319, este reino sólo disponía 4.000 jinetes y 1.600 infantes⁶². Por tanto, y teniendo en cuenta la importancia de la campaña, es muy posible que los granadinos llegaran a movilizar un máximo de 5.000 hombres, entre infantería y caballería, lo que haría un total para el bando musulmán de 65.000 combatientes, de los que un tercio, como mínimo, serían Voluntarios de la Fé, de escaso valor militar, y aproximadamente habría de 15 a 20.000 jinetes, que constituirían la élite del mismo.

3.3. Comparación de los ejércitos enfrentados y causas del enfrentamiento.

A partir de los datos manejados, podemos deducir que existió una neta superioridad numérica musulmana, pero no tan grande como señalan las crónicas cristianas. Superioridad que era cuantitativa, y no tanto cualitativa, no sólo por la presencia de los Voluntarios de la Fé entre los musulmanes, sino por los otros grupos que integraban los respectivos contingentes, especialmente en los hombres a caballo, donde la superioridad cristiana era manifiesta gracias a su poderosa caballería pesada, contra la que los musulmanes, salvo por la sorpresa inicial que había supuesto la *tornafuye*, no tenían respuesta, a pesar de la confianza que depositaban en su caballería ligera. Respecto a los peones, es evidente que los arqueros turcos eran muy poderosos, pero contrarestados por los ballesteros castellanos y portugueses; mientras que los peones cristianos estaban mejor organizados y eran más eficaces que los infantes musulmanes. Esto explica por qué Alfonso XI buscó en todo momento el enfrentamiento directo, lo que no hubiese ocurrido de existir una superioridad

⁶⁰ La *Crónica de Alfonso XI* afirma que sólo el ejército benimerín estaba compuesto por 70.000 hombres a caballo y 400.000 peones. CAXI, p. 316. Y la *Gran Crónica* se afirma que eran 45.000 jinetes y 600.000 peones. GCAXI, vol. II, p. 332.

⁶¹MUZA II (1899), *El collar de perlas*, Zaragoza, Tip. y Lib. De Comas hermanos, p. 374.

⁶²ARIÉ, R., *op. cit.*, p. 175.

musulmana tan abrumadora como la que reflejan las crónicas cristianas, pues no sólo hubieran sufrido una derrota total, sino que además hubieran perdido su capacidad de resistencia ante una más que probable nueva invasión islámica.

Pero el tamaño y la calidad de ambos ejércitos no fue la única causa que provocó el enfrentamiento, sino que existieron otras dos de suma importancia. La primera fue la pésima situación económica de Alfonso XI⁶³. De ahí que si la situación no se resolvía rápida y definitivamente con un encuentro campal, y, por el contrario, los musulmanes se retiraban a Algeciras, no podría mantener el ejército más de cuatro días y tendría, por fuerza, que retirarse precipitadamente, dejando Tarifa desabastecida y con sus defensas en pésimas condiciones, permitiendo a los musulmanes volver a cercarla con facilidad, y finalmente tomarla.

La segunda razón era política, pues una derrota de los benimerines significaría el fin definitivo del llamado “problema del Estrecho”, que venía perturbando la tranquilidad de los reinos cristianos desde la invasión de los almorávides en el siglo XI, haciendo temer una nueva conquista de la Península Ibérica por los musulmanes.

Si los monarcas cristianos tenían, por tanto, razones de peso para plantear un reto de estas características; Abu l-Hassán y Yusuf I también las tenían para aceptarlo. En el caso del gobernante norteafricano, eran de tres tipos: políticas, religiosas y personales. En el plano político, un triunfo sobre los reinos cristianos peninsulares permitiría al sultán benimerín convertirse en la mayor potencia del Mediterráneo Occidental, redondeando su imperio norteafricano con nuevos territorios en el continente europeo; ya que su objetivo era conquistar la máxima extensión posible de la Península Ibérica. Desde el punto de vista religioso, y ligado con lo que acabamos de decir, su victoria sobre Alfonso IX le permitiría reconquistar territorios que antaño había pertenecido a la *Umma* –la comunidad de creyentes islámicos- cumpliendo así uno de los mayores deberes que el Corán impone a los seguidores de Mahoma. De esta forma estaría legitimado para convertirse en califa y, por tanto, en la cabeza política y religiosa del islam sunní, su gran objetivo. Por último, Abu l-Hassán tenía una deuda personal pendiente con los castellanos: vengar la muerte de su hijo Abu al-Málik.

⁶³GCAXI, vol. II, pp. 384-385. CAXI, p. 322.

Por su parte, el monarca granadino también deseaba el triunfo de los seguidores del islam por dos razones de gran peso. La primera era política, ya que la derrota de los castellanos le permitiría reforzar su posición en la Península Ibérica, y, sobre todo, desligarse del vasallaje que le unía a este reino cristiano, aunque era indudable que, dada la debilidad del reino nazarí, el monarca benimerín sustituiría al castellano en esta relación. Pero era evidente que Yusuf I prefería estar subordinado a su hermano de religión que a un infiel. Igualmente, también sabía que una victoria del islam favorecería las relaciones comerciales de Granada no sólo con el Norte de África, sino también con la Europa cristiana y el Mediterráneo Oriental, aumentando así la riqueza de esta estructura política, y los ingresos de sus gobernantes.

Por tanto, y en conclusión, podemos decir que la batalla del Salado fue un enfrentamiento muy claro de encuentro, una auténtica batalla campal deseada por ambos contendientes, que buscaron el triunfo como medio para conseguir unos objetivos más amplios.

4. LA BATALLA DEL SALADO.

4.1. Las posiciones y los planes de batalla de los contendientes.

El 15 de octubre de 1340, Alfonso XI salió de Sevilla para liberar el cerco de Tarifa⁶⁴, tras lograr convencer al rey de Portugal de la necesidad de presentar batalla a los musulmanes⁶⁵, recibiendo en ese momento los dos reyes cristianos a los mensajeros musulmanes que traían la aceptación de Abu l-Hassán a su demanda de que los esperase ante Tarifa para la batalla⁶⁶. El sábado 28, alcanzaron el río Almodóvar y por fin el domingo 29 llegaron a la Peña del Ciervo, frente a Tarifa, donde instalaron su campamento, y se dispusieron a preparar la batalla⁶⁷.

En el campo musulmán, cuando Abu l-Hassán, supo que el ejército cristiano se acercaba, levantó el cerco de Tarifa y se trasladó al este del curso del río Salado, donde

⁶⁴HUICI MIRANDA, A. (2000), *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*, Granada, Editorial Universidad de Granada, p. 352.

⁶⁵GCAXI, Tomo II, p. 389.

⁶⁶CAXI, p. 323. CDSR, vol. II, p. 333.

⁶⁷GCAXI, Tomo II, pp. 406-407. CAXI, p. 323. HUICI MIRANDA, A., *op. cit.*, pp. 352-353.

también se situó el campamento del monarca granadino, disponiéndose a esperar a los reyes cristianos.

Esta zona, situada al este del curso del Salado –entre el puerto de Piedracana y el mar–, fue el lugar elegido por Abu l-Hassán y el rey de Granada para desplegar sus ejércitos con la intención de frenar a los reyes cristianos que acudían a levantar el cerco de Tarifa. Por tanto, el ejército musulmán se desplegó en un área elevada que se extendía a lo largo de unos cinco kilómetros de frente por dos de fondo, lo que les daba ventaja en la futura batalla⁶⁸.

Por su parte, Alfonso XI, una vez que tuvo conocimiento de la decisión musulmana de combatir, situó sus fuerzas en la zona llanada de Valdevaqueros (Torre de los Vaqueros), para dotarlas de la seguridad necesaria en la noche previa al combate⁶⁹, y a continuación decidió, el mismo 29 de octubre de 1340, convocar a su consejo⁷⁰. El monarca castellano expuso sus consideraciones sobre la necesidad de presentar batalla de forma inmediata, máxime cuando había obtenido información sobre las fuerzas musulmanas, proporcionadas por un espía. A continuación, explicó su plan de batalla, que se basaría en las cargas de la caballería pesada hasta romper las líneas enemigas. A la acción de la caballería, seguiría el ataque de la infantería que culminaría la victoria⁷¹. Para lograr este objetivo, ordenó que sus tropas adoptaran la siguiente disposición⁷²:

- La vanguardia, donde formó la élite la nobleza castellana, encabezada por sus antiguos enemigos -don Juan Manuel y Juan Núñez de Lara-, y Alonso Méndez de Guzmán, maestre de Santiago. Además, formarían parte de ella las milicias del concejo de Sevilla -muy fuertes en caballería-, Jerez y Carmona (Sevilla). La misión de este contingente era destruir la vanguardia musulmana y establecer una cabeza de puente al otro lado del río Salado, para asegurar así el paso del resto del ejército.

⁶⁸CAXI, p. 323. SEGURA GONZÁLEZ, W.: “La batalla del Salado según Gil de Albornoz” en *Aljaranda: revista de estudios tarifeños*, 58 (2005), p. 10.

⁶⁹LÓPEZ FERNÁNDEZ, M., “La batalla del Salado sobre la toponimia actual de Tarifa”. En *Aljaranda: revista de estudios tarifeños*, 67 (2007), p.8.

⁷⁰BENEYTO PÉREZ, J. (1950), *El Cardenal Albornoz Canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Madrid, Espasa-Calpe, p. 329. GCAXI, Tomo II, pp. 409-410.

⁷¹GCAXI, Tomo II, pp. 409-410.

⁷²*Ibidem*, Tomo II, pp. 411-413 y 422-423.

- El cuerpo central, donde marcharía el rey con los caballeros de su mesnada, arzobispos, obispos y numerosos caballeros hidalgos, debería llevar el peso de la batalla y destruir el grueso del ejército benimerín.
- La retaguardia, al mando de Gonzalo de Aguilar, jefe de las milicias de Córdoba, estaría formada por una numerosa tropa de peones, integrada principalmente por las milicias no concejiles, a las órdenes directas del noble leonés Pero Núñez de Guzmán, y con la misión de cubrir la retaguardia de la hueste cristiana, aunque, dado el escaso valor militar de estas fuerzas, el papel que deberían jugar sería secundario.
- El ala izquierda quedó a las órdenes del rey de Portugal, con sus caballeros y otros castellanos que se incorporaron por orden de Alfonso XI. Esta formación marcharía por las tierras más abruptas del interior para enfrentarse directamente con las fuerzas granadinas.
- El ala derecha estaría a las órdenes de Alvar Pérez de Guzmán, con los caballeros de su mesnada, y otros de la Frontera que “andauan a la gineta”⁷³, es decir, se trataba de una fuerza ligera, comparable en movilidad con la caballería musulmana.

Este orden de batalla fue complementado y perfeccionado por don Juan Manuel, que propuso el envío de 1.500 hombres a caballo a Tarifa –mezcla de caballeros pesados y ligeros⁷⁴-, para que en el momento de iniciarse la batalla salieran con los de la plaza para atacar desde ella el campamento benimerín⁷⁵.

El despliegue musulmán⁷⁶, de acuerdo con el orden de batalla típico de los benimerines, adoptó la disposición en cuatro alas (*Tabiyya*). La narración de Gil de Albornoz es bastante precisa en cuanto a la posición relativa de estas fuerzas:

- El ala derecha (maymana) era mandada por el rey de Granada que se encontraba “en una región verdaderamente difícil donde había un bosque” (la falda de cerro Gordo, de 433 metros de altura).

⁷³*Ibidem*, Tomo II, p. 422.

⁷⁴*Ibidem*, Tomo II, pp.411-415.

⁷⁵*Ibidem*, Tomo II, p.411.

⁷⁶*Ibidem*, Tomo II, p. 422.

- El izquierda (*maysara*) estaría a las órdenes del emir Abu Umar, el “Aboamar” de la *Gran Crónica*, ocupando una zona “hacia los antiguos campamentos” (situados en la loma de la Cantera o en sus faldas. Se trataba de un cerro que a modo de muralla de casi un kilómetro de longitud protege a Tarifa por el oeste, extendiéndose hasta cerca de la playa, alcanzando una máxima altitud de 58 metros y a una distancia de un kilómetro de su muralla).
- El centro (saqa) lo mandaba Abu l-Hassán que estaba “en medio, por donde la lucha se ofrecía todavía más áspera”. Tenía distribuidas sus huestes por tribus y estirpes, “llegando hasta la orilla de dicho río del Salado”⁷⁷.
- La retaguardia (*muqaddima*) estaba a las órdenes de Hamolacerí, que con 6.000 caballeros se situó como fuerza de reserva “e acorriesen a la seña a do menester lo ouiese la batalla de los moros”⁷⁸.

Con este despliegue, Abu l-Hassán tenía por tanto un gran objetivo: impedir que las fuerzas cristianas atravesasen en masa el río Salado, y atacasen a las musulmanas con el apoyo de la guarnición de Tarifa. El sultán de los benimerines quería, por el contrario, librar una batalla de desgaste, destruyendo las fuerzas cristianas en sucesivos y pequeños encuentros librados a orillas del río Salado donde la movilidad de su caballería resultase el factor decisivo. Así se explica que dejase la iniciativa de la batalla a los cristianos –al fin y al cabo, eran los retadores-, y que hubiese descuidado la defensa del camino hacia su campamento, porque tal vez pensó que, si sus planes se cumplían, ese ataque nunca podría producirse.

4.2. Fases de la batalla.

La batalla del Salado se prolongó aproximadamente desde las diez de la mañana del 30 de octubre hasta la una de la tarde, es decir, tres horas, de acuerdo con la información proporcionada por el arzobispo Gil de Albornoz⁷⁹. En este periodo de tiempo, pueden distinguirse cinco fases claramente definidas:

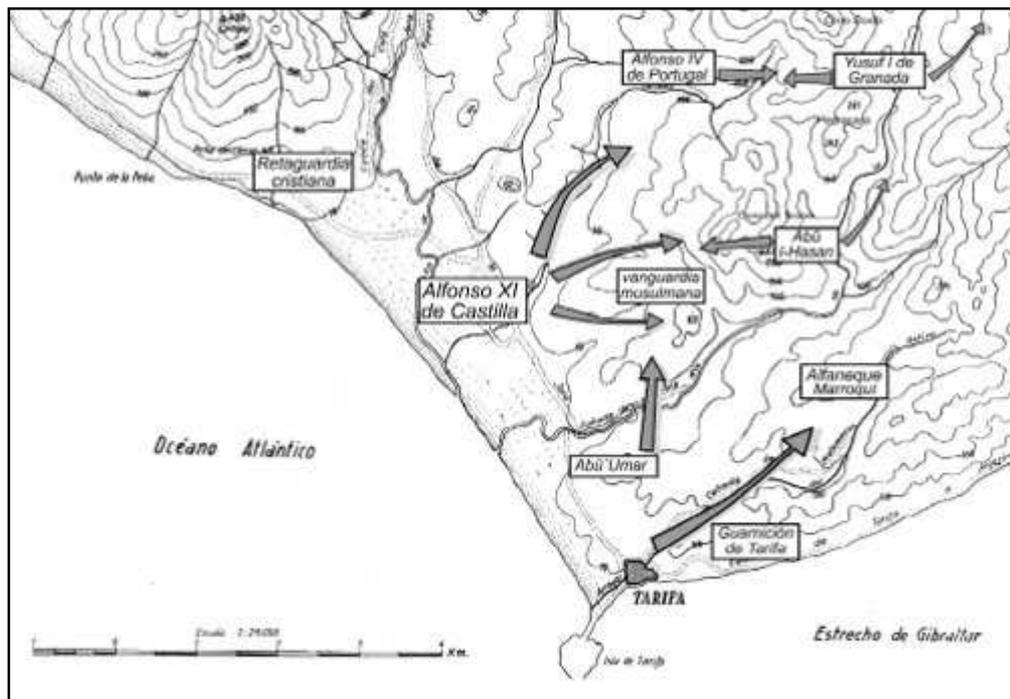
⁷⁷BENEYTO PÉREZ, J., *op. cit.*, p. 330.

⁷⁸GCAXI, Tomo II, p. 424.

⁷⁹SEGURA GONZÁLEZ, W., *op. cit.*, p. 14.

- La primera, que denominaremos “la lucha por la orilla del Salado”, donde el objetivo cristiano fue asegurar una cabeza de puente en la orilla musulmana, y el de los musulmanes, evitarlo.
- La segunda fase, “el asalto al campamento de Abu l-Hassán”, se centró precisamente en la lucha en torno a ese recinto.
- La tercera, “el combate entre Alfonso XI y Abu l-Hassán”, vino definida por el enfrentamiento entre los núcleos más fuertes de ambas huestes.
- La cuarta, desarrollada a la vez que las tres anteriores, fue el enfrentamiento entre Alfonso IV de Portugal y Yusuf I de Granada.
- Y la quinta consistió en la retirada y persecución de las fuerzas musulmanas, que será tratada en otro epígrafe.

Fig 1. Mapa de la Batalla del Salado.



Fuente: SEGURA GONZÁLEZ, Wencesalao: “La batalla del Salado según Gil de Albornoz” en *Aljaranda: Revista de estudios tarifeños*, 58, 2005, p. 13).

4.2.1. Primera Fase: La lucha por las orillas del Salado.

Alfonso XI quiso comenzar el combate sobre las nueve de la mañana, pero sus mandos le aconsejaron esperar a que el sol estuviera más alto, pues les deslumbraba⁸⁰. Una hora más tarde, el monarca comprobó que el sol ya no producía ese efecto y dio la orden de avanzar a su vanguardia. Estas fuerzas, como ya sabemos, debían atravesar el río Salado y desalojar de la orilla a la vanguardia musulmana, asegurando así una cabeza de puente. Sin embargo, este hecho no se produjo, porque al llegar al río encontraron una resistencia muy fuerte⁸¹ y durante un largo periodo de tiempo, las avanzadas de don Juan Manuel no pudieron vadearlo, provocando la impaciencia de Alfonso XI, que mandó a García Jofre Tenorio con la orden de atravesarlo. Pero el infante castellano desobedeció esta orden⁸².

Para resolver el problema, las fuerzas de don Fadrique y de don Fernando, hijos bastardos del rey y cuyas fuerzas constituían la vanguardia del cuerpo central, se desviaron hacia la derecha llegando al río. Gonzalo Ruiz, mayordomo de don Fadrique, arengó a las fuerzas, animándolas a que le acompañasen en el cruce, cosa que hicieron algunos caballeros⁸³.

Sin embargo, las órdenes del rey, según las cuales la vanguardia de don Juan Manuel debía establecer la cabeza de puente necesaria para el paso ordenado de todo el ejército, seguían sin obedecerse⁸⁴. Alfonso XI decidió entonces cambiar de planes y asegurar la cabeza de puente que consideraba fundamental en el desarrollo de la batalla. Para lograrlo, ordenó a Alvar Pérez de Guzmán, situado en su ala derecha y que mandaba una fuerza de caballería ligera, que apoyase a las fuerzas de sus hijos bastardos, lo que logró, derrotando a la caballería musulmana que guardaba la orilla⁸⁵.

El afianzamiento de una cabeza de puente era, precisamente, el hecho que Abu l-Hassán quería evitar por todos los medios, pues rompía sus planes de batalla. Por eso,

⁸⁰GCAXI, Tomo II, p. 423.

⁸¹CDSR, Tomo II, pp. 341-342.

⁸²GCAXI, Tomo II, p. 426.

⁸³GCAXI, Tomo II, p. 427.

⁸⁴GCAXI, Tomo II, p. 427.

⁸⁵GCAXI, Tomo II, p. 427.

decidió modificar también su línea de batalla, ordenando a su ala izquierda, a las órdenes de su hijo Abu Umar, que marchara contra la cabeza de puente cristiana y la destruyera. El emir, con 3.000 caballeros, cumplió la orden y obligó a los cristianos a retroceder⁸⁶. El Salado volvía a ser la frontera entre ambos ejércitos.

Alfonso XI, que ya se encontraba cerca del río, volvió a ordenar a don Juan Manuel que lo cruzase y esta vez sí cumplimentó la orden. Así, y tras una dura resistencia, las fuerzas de Juan Núñez de Lara y del maestre de Santiago, Alfonso Méndez, marcharon contra las tropas de Abu Umar, juntándose con los pocos caballeros cristianos que quedaban en la otra orilla y provocando la huida de la caballería musulmana⁸⁷. La cabeza de puente estaba, pues, asegurada, finalizando así la primera fase de la batalla.

4.2.2. Segunda Fase: El asalto al campamento de Abu l-Hassán.

El paso siguiente, de acuerdo con los planes de Alfonso XI, hubiese sido esperar al resto del ejército cristiano, que ya estaba cruzando el río, para iniciar un ataque decisivo contra el centro musulmán, a las órdenes de Abu l-Hassán. Pero, entonces se produjo un típico acto de indisciplina, tan característico entre los caballeros medievales: al ver el camino abierto hacia el campamento benimerín, y pensando en las inmensas riquezas que podía guardar, se desviaron hacia la derecha con el objetivo de asaltarlo. La lucha en torno a este objetivo fue muy dura, pero los cristianos se impusieron y tomaron el campamento⁸⁸. Los escasos supervivientes huyeron hacia Algeciras, mientras que otros descendieron al valle para unirse a las tropas benimerines.

Con esta acción -realizada por las tropas de la vanguardia, más las del ala izquierda, y con algunos contingentes del centro, incluidos los de Pedro Ruiz Carriello con el propio pendón real- se habían roto los planes de batalla de Alfonso XI; pero lo peor estaba por llegar: los defensores de Tarifa, cuya misión era atacar por la retaguardia las tropas musulmanas, también se unieron al asalto del campamento

⁸⁶PAXI, pp. 220-221. CAXI, p. 301. GCAXI, Tomo II, pp. 276-277

⁸⁷GCAXI, Tomo II, p. 428.

⁸⁸GCAXI, Tomo II, p. 428.

benimerín⁸⁹. El saqueo del campamento, llevado a cabo por ambas fuerzas, se realizó con tal crueldad que avergonzaría al propio Alfonso XI, al incluir el asesinato de las mujeres del harén de Abú-l-Hassán⁹⁰.

4.2.3. Tercera Fase: “El enfrentamiento entre Alfonso XI y Abu l-Hassán”.

Mientras buena parte del ejército cristiano se dedicaba al saqueo, las tropas de Abu l-Hassán que ocupaban el centro del dispositivo permanecían intactas y dispuestas a enfrentarse con las de Alfonso XI, que ya había atravesado el Salado y se dirigía hacia allí en situación bastante desfavorable; ya que, a consecuencia del acto de indisciplina ya explicado, carecía de alas, pues la izquierda, a las órdenes de Alfonso IV avanzaba contra el emir de Granada, mientras que los integrantes de ala derecha, formaban parte de las fuerzas que saqueaban el campamento o se encontraban alejadas de él. Además, las propias fuerzas de Alfonso XI estaban muy debilitadas, pues parte de sus integrantes también se dedicaban al saqueo⁹¹, careciendo de las tropas necesarias no sólo para combatir con opciones de victoria, sino incluso para poder resistir un ataque benimerín.

Así lo comprendió Abu l-Hassán, quien ordenó a sus tropas avanzar contra el castellano, con objeto de matarle o tomarle prisionero, lo que supondría el fin de la batalla. El ataque fue durísimo, y el propio Alfonso XI estuvo a punto de morir, siendo alcanzada su silla de montar por una flecha⁹².

A pesar de la fuerte acometida, los caballeros de Alfonso XI resistieron, pero comprendieron que el tiempo corría en su contra si no recibían refuerzos. El monarca llegó a la misma conclusión y ordenó llamar a su retaguardia, la infantería a las órdenes de Pero Núñez de Guzmán, pero estas fuerzas se habían desplazado hacia la izquierda, en apoyo del monarca portugués, estando muy alejadas. Cuando la situación era desesperada para los castellanos, apareció Ruy Pérez Ponce de León, con las fuerzas de los concejos de Ecija y Zamora, y Álvaro, obispo de Mondoñedo, con varios nobles y 400 caballeros, y se aproximó la retaguardia del concejo de Córdoba, mandada por Gonzalo de Aguilar. Con estos refuerzos, Alfonso XI inició un nuevo ataque de

⁸⁹GCAXI, Tomo II, p. 429

⁹⁰GCAXI, Tomo II, pp. 433-434

⁹¹GCAXI, Tomo II, p. 429.

⁹²GCAXI, Tomo II, pp. 429-430.

caballería pesada, que demostró el poder de esta arma y de la táctica que llevaba aparejada, tal como había presentido el monarca, movimiento que a la postre fue decisivo y logró destruir las líneas musulmanas⁹³.

Abu l-Hassán comprendió que la batalla había llegado a su punto culminante, y que sí la acometida cristiana no era neutralizada mediante un nuevo ataque musulmán, la derrota era segura. Intentó, con la espada en la mano, reorganizar sus tropas para un nuevo ataque⁹⁴, momento en que se incorporaron al combate las fuerzas que habían asaltado su campamento. Abu l-Hassán acometido de frente por Alfonso XI y de costado por las fuerzas que bajaban de la colina en la que estaba el campamento y por la guarnición de Tarifa “se mesaba la barba y se abofeteaba desesperado”⁹⁵.

Un jefe turco, llamado Alchare, comprendiendo que la vida del sultán corría peligro, organizó sus fuerzas en dos líneas, protegida la una con una empalizada de estacas en forma de cuña y la otra, interior y redonda en forma de corral, defendidas ambas por 9.000 hombres⁹⁶. En ese reducto quiso el turco meter a Abu l-Hassán para permitir su retirada hacia Algeciras⁹⁷. Con su huida terminó la batalla en el centro del dispositivo musulmán, culminando la victoria cristiana. Era aproximadamente la una de la tarde del 30 de octubre de 1340.

4.2.4. Cuarta Fase: El enfrentamiento entre Alfonso IV y Yusuf I.

Mientras los castellanos combatían contra el centro musulmán, en el ala izquierda del dispositivo cristiano y derecha del musulmán, se llevaba a cabo otro duro combate entre las fuerzas secundarias de ambos ejércitos.

El rey de Portugal llegó a la orilla del Salado sobre las diez de la mañana, pero su cruce iba a ser mucho más sencillo que en el caso de los castellanos, ya que apenas encontró oposición⁹⁸. Sin embargo, cuando llegó a la posición ocupada por las fuerzas

⁹³GCAXI, Tomo II, pp. 430-431.

⁹⁴GCAXI, Tomo II, p. 431.

⁹⁵CDSR, Tomo II, p. 343.

⁹⁶CDSR, Tomo II, p. 346.

⁹⁷GCAXI, Tomo II, pp. 431-432.

⁹⁸GCAXI, Tomo II, p. 432.

de Yusuf I, comprendió que se enfrentaba a un fuerte ejército, con la caballería en el centro y la infantería y los arqueros turcos en las alas⁹⁹.

Según esta crónica, se inició entonces un duro combate, en el que los portugueses, inferiores en número, llevaron la peor parte hasta el extremo de que estuvieron a punto de ser derrotados, siendo tres de sus batallas destruidas, e incluso las fuerzas que rodeaban al propio rey estuvieron a punto de sucumbir. Lo más interesante fue que, en estos choques, el papel fundamental correspondió a la caballería pesada de ambos bandos, como queda patente en el siguiente párrafo: "...la lid muy grande en crudez y saña, allí se juntaron lorigas fuertes, chocaban y se doblaban escudos, capilinas, bacinetes, por los grandes y duros golpes que se daban. Las cargas eran muchas, vertiéndose mucha sangre"¹⁰⁰.

Cuando la batalla parecía perdida, aproximadamente al mediodía, se invirtió la situación, aunque las fuentes no coinciden en explicar la causa. Así, en las crónicas portuguesas se dice que fue la llegada de la Vera Cruz, portada por el sacerdote ya citado, lo que inclinó el triunfo del lado cristiano¹⁰¹. Por el contrario, las castellanas atribuyen el triunfo a la llegada de la retaguardia de Pere Núñez de Guzmán, que cogió por sorpresa a las fuerzas nazaríes¹⁰². Esta explicación es más plausible que la anterior, y demuestra la importancia de las fuerzas de infantería frente a una caballería cansada como la granadina tras varias horas de combate.

En todo caso, ambas fuentes constatan que las fuerzas musulmanas iniciaron la huida pasado el mediodía, aunque no está claro si lo hicieron antes o a la vez que las mariníes. Según, la crónica portuguesa, el rey de Granada se dio a la fuga cuando aún resistía todo el centro benimerín y Abu l-Hassán, indignado, al apercibirse de ello se volvió a los suyos y les gritó: "Mirad, mirad a aquel loco y cobarde rey de Granada, que vencido por el rey de Portugal, va huyendo"¹⁰³. Por el contrario, la castellana afirma que su huida coincidió con la del sultán de los benimerines: "Et yendo estos fuyendo,

⁹⁹FERREIRA, M. E. T. (1988), *Poesia e prosa medievais*, Lisboa, Ulisseia, p. 152.

¹⁰⁰*Ibidem*, p. 153.

¹⁰¹CDSR, Tomo II, pp. 340-341.

¹⁰²GCAXI, Tomo II, p. 432.

¹⁰³CDSR, Tomo II, p. 341.

ayuntaronse con los del rrey de Marruecos”¹⁰⁴. Esta explicación se ajusta más a la realidad, ya que en otra fuente portuguesa se afirma que “la lid se prolongó desde la hora prima hasta pasado el mediodía”¹⁰⁵. En todo caso, con la derrota de las fuerzas granadinas, producida a la vez que las de los benimerines, la batalla había terminado.

4.2.5. *Quinta Fase: Persecución y retirada de los beligerantes.*

Una vez derrotado el ejército musulmán, las fuerzas de ambos monarcas cristianos se juntaron en el río Guadalmequí, desde donde iniciaron la persecución del enemigo con el objetivo de aniquilarlo¹⁰⁶. Sin embargo, un nuevo acto de indisciplina impidió culminar también esta operación, provocando la indignación y vergüenza del propio Alfonso XI, ya que sus guerreros llegaron a matarse entre sí por el botín¹⁰⁷.

El hecho de que sus propios hombres le impidiesen continuar la persecución no significó que Alfonso XI abandonase el objetivo marcado: la captura de Abu l-Hassán; el monarca sabía que, a pesar de la victoria obtenida, sólo la destrucción de los restos de las fuerzas enemigas, y sobre todo la captura del sultán, podían alejar definitivamente el peligro musulmán de la Península Ibérica. Por eso ordenó al almirante aragonés Pedro de Moncada que vigilase la línea marítima entre Algeciras y Gibraltar, para impedir la huida por mar de Abu l-Hassán. Sin embargo, el marino “non lo quiso fazer, manguer que aquellas galeas venian armadas de los dineros del rrey de Castilla”¹⁰⁸.

Este nuevo contratiempo desmoralizó a Alfonso XI, quien vio como la gran victoria obtenida no podía ser culminada por la indisciplina de sus hombres. En vista de lo cual, al anochecer, y acompañado del rey de Portugal, regresó al campamento de la peña del Ciervo¹⁰⁹.

A la mañana siguiente, martes 31 de octubre, los dos monarcas marcharon desde la peña del Ciervo a Tarifa y Alfonso mandó reparar sus murallas. Por su parte, los

¹⁰⁴GCAXI, Tomo II, p. 432.

¹⁰⁵CAXI, p. 153

¹⁰⁶GCAXI, Tomo II, p. 433.

¹⁰⁷GCAXI, VOL. II, p. 433.

¹⁰⁸GCAXI, VOL. II, p. 434

¹⁰⁹GCAXI, VOL. II, p. 436

monarcas musulmanes, tras llegar a Algeciras, pensaron que podían ser cercados en cualquier momento por el victorioso ejército cristiano, por lo que decidieron abandonar cuanto antes la plaza, aprestando el marroquí cinco galeras en las que embarcaron camino el uno de Gibraltar y el otro de Marbella¹¹⁰. Desde Gibraltar, Abu l-Hassán regresó a África¹¹¹.

5. CONCLUSIÓN.

La batalla del Salado tuvo importantes consecuencias no sólo para la Península Ibérica, sino para todo el Mediterráneo Occidental, simbolizando el final de una época, como afirma Ladero Quesada¹¹². Así, para Castilla, simbolizó el final del *Problema del Estrecho*, aunque Alfonso XI no finalizaría la campaña en esta zona en 1340, sino cuatro años después, cuando conquistó Algeciras. Tras este triunfo, se acordó una tregua por diez años con Granada y Fez. Yusuf I se comprometió al pago de 12.000 doblas anuales, a cambio de los cuales obtuvo para sus súbditos, licencia de comercio con Castilla, exceptuadas, como de costumbre, las “cosas vedadas” que incluían el armamento o el avituallamiento de tropas y barcos. En los años siguientes, Alfonso XI se dedicó entonces a la reorganización de su reino, buscando el fortalecimiento de la realeza, que culminaría con la promulgación del Ordenamiento de Alcalá en 1348, donde dará fuerza legal a las Doce Partidas de Alfonso X. Un año después, en el verano de 1349, se pondría de nuevo en marcha para acabar con los últimos reductos musulmanes en España. En julio tenía ya asentado su campamento sobre Gibraltar, la última plaza musulmana en el lado europeo del Estrecho, aunque no la fundamental, y establecido el dispositivo de bloqueo naval, en el que participaban cuatro galeras enviadas por Pedro IV. La operación concluyó abruptamente cuando Alfonso XI murió durante el asedio, víctima de la peste bubónica el 26 de marzo de 1350.

Para Aragón, la batalla del Salado significó un retraimiento en su actividad política y comercial en la zona del Estrecho, al considerar a Granada como un estado vasallo de Castilla. De hecho, los aragoneses firmaron sucesivas treguas con Granada (años 1357, 1367, 1369, 1377, 1382 y 1405).

¹¹⁰GCAXI, VOL. II, p. 434.

¹¹¹GCAXI, VOL. II, pp. 435-436.

¹¹²VV. AA., *op. cit.*, pp. 286-288.

Por el contrario, el triunfo del Salado significó el auge de Génova, que pasó a controlar los tráficos mercantiles en el Estrecho, tanto en la zona de Granada, como también en el ámbito comercial sevillano. Además serían los genoveses los que redescubrirían las Islas Canarias, con el viaje de Lanceloto Malocello que, en 1312 se estableció en Lanzarote, permaneciendo en ella durante casi veinte años. Se abrió así el camino a la exploración del Atlántico, y la lucha por estas islas, en la que participarían genoveses, portugueses, castellanos y aragoneses, triunfando finalmente los castellanos, que conquistarían las Canarias entre 1402 y 1496.

En el mundo musulmán, la derrota del Salado constituyó una auténtica tragedia, ya que no sólo fue detenido el último intento de invasión de la Europa cristiana; sino que supuso el completo aislamiento del reino nazarí. Pues si bien a partir de 1340 se mantuvo la solidaridad espiritual de mundo islámico con esta estructura política, tal como ha puesto de manifiesto Seco de Lucena¹¹³, la ayuda a los granadinos se limitó al plano simbólico. De hecho, la única posibilidad de ayuda material era la que podían proporcionar los benimerines, pero tras la derrota del Salado su colaboración iba a resultar bastante más complicada, por más que las buenas relaciones se mantuviesen intactas. Cabría decir que si el reino de Granada sobrevivió durante la segunda mitad del siglo XIV, no fue por el apoyo benimerín, sino por la tregua firmada con Castilla en 1344, y sobre todo por las dificultades de todo tipo que afectaron a esta última, como al resto de Europa, a partir de 1350, con el desencadenamiento de la gran epidemia de peste bubónica, que simbolizó el comienzo de la gran crisis medieval, que se prolongaría hasta la primera mitad del siglo XV. De hecho, la lucha en el Estrecho no se reanudaría hasta 1406.

Peor suerte corrió el sultanato benimerín, que comenzó a descomponerse a partir de 1347, permitiendo la independencia de los emires de Túnez y Tremecén. Sin embargo, esta independencia sería efímera, ya que en la segunda mitad del siglo XIV, se produciría la disgregación de las tres entidades islámicas del Magreb, abriendo así las puertas a la intervención de los reinos cristianos peninsulares, cuyas primeras manifestaciones serían el ataque aragonés a Bona (Túnez), en 1398-1399; el ataque castellano a Tetuán (1400), y sobre todo la conquista portuguesa de Ceuta (1415).

¹¹³SECO DE LUCENA, L., "Embajadores granadinos en El Cairo". En *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, 4 (1955), pp. 5-30.

Es tal vez esta nueva *guerra de Allende*, como dice Ladero Quesada, la que mejor simboliza la importancia del triunfo cristiano en el Salado, que supuso la supremacía definitiva no sólo sobre el islam peninsular, sino sobre todo el Mediterráneo Occidental¹¹⁴.

¹¹⁴VV. AA.: *op. cit.*, p. 293.